

“Yo no conocí a Roberto Bolaño”

Fernando AYALA
Embajador de Chile en Italia

A diferencia de muchas otras personas que dicen haberlo conocido, haber sido su amigo, confidente, acompañante en viajes, tertulias literarias y largas noches de botellas y humo, yo no tuve la suerte de conocer a Bolaño. Entonces debo hablar de lo que aprendí de él a través de sus novelas, cuentos, poesías y entrevistas. Me gusta verlo en YouTube porque me permite observar sus reacciones a preguntas, ver sus gestos, la rapidez de sus respuestas, a veces alguna vacilación pero fundamentalmente la seguridad en sus juicios sobre valores estéticos. Pero yo no conocí a Roberto Bolaño.

Y sufro por ello porque tengo amigos y otros no tanto, que si lo conocieron; bebieron juntos, discutieron, observaron atardeceres, lo acompañaron a Las Cruces a visitar a Nicanor Parra y hablaron de lo humano y de lo divino.

Pero si bien no conocí a Bolaño, hoy forma parte de mi vida. Su escritura entró en mi como un huracán en un campo, levantando y removiendo los cimientos acumulados en años de lecturas que pasan a ser planas en comparación con la fuerza o más que nada con los tiempos del relato que me cautivaron y llevaron a una nueva dimensión de la literatura, donde la narración se incorpora al lector de manera que a veces me parecía ser yo uno de los sujetos de la novela, y desde la trama, observarme sumergido en la lectura. Muchas veces me he preguntado qué fue lo que me sedujo en la prosa de Bolaño y debe ser algo similar a cuando descubrí a Cortázar en mi temprana adolescencia o García Márquez años después. O tal vez tenga que ver con mis propias vivencias como haber dejado Chile a los 21 años, luego del golpe de Estado de Pinochet que cambió para siempre la vida de miles y miles de chilenos.

Mientras yo fui en busca de la quimera a un país que ya no existe más, Yugoslavia, Bolaño partió a México y ahí poco a poco fue incorporando la cultura latinoamericana a su ser y a su escritura sin abandonar nunca su condición de chileno pero expandiendo o absorbiendo la riqueza de la diversidad cultural que completaría después, en sus años en España.

Ya he dicho que no conocí a Roberto Bolaño pero leyéndolo he aprendido a admirar en él ese compromiso tan fuerte y marcado con la región latinoamericana.

Gracias a esos interminables escritos que siguen apareciendo en el disco duro de su computador, acabo de leer la última publicación efectuada por su nueva casa editorial, Alfaguara, titulado *El espíritu de la ciencia ficción*, donde el editor Christofer Domínguez, en el prólogo, nos dice que fue escrito en los inicios de los años 80, es decir al terminar sus años en México. Ignacio Echevarría, quien fuera designado por el poeta y escritor para ordenar y publicar sus obras póstumas con Anagrama, creo fue el

primero en comunicarnos que el disco duro que había dejado guardaba numerosos escritos como lo indica en el prefacio de *El secreto del mal*.

También su esposa, Carolina López, en unas breves líneas introductorias a los poemas y escritos de *La Universidad Desconocida* nos habla de los archivos encontrados en su computador. En fin, volviendo a esta última publicación de Alfaguara, el nuevo editor Domínguez, también nos anuncia que ese disco duro contiene todavía muchos tesoros a revelar en el futuro. Espero sea así y no una vil maniobra de marketing, tan común en estos tiempos donde parece ‘todo vale’ para vender y que solo podría hacer daño a su obra.

Por tanto prefiero ser optimista y espero seamos gratamente sorprendidos en el futuro con material inédito sobre todo para personas como yo, que no conocí a Roberto Bolaño. Volviendo entonces a esos fuertes lazos con América Latina, que percibo en su obra y que también subraya Echevarría en el prólogo de *Entre paréntesis*, es que rescato este texto del ‘joven Bolaño’ en donde me parece se evidencia ese compromiso con la vanguardia, con la marginalidad poética que busca espacios para la creatividad de los nobles poetas y contraponerla con los ya consagrados santones de la literatura de nuestra región, como lo hizo con los chilenos en *Nocturno de Chile* u otras célebres columnas que usó para ajustar cuentas. Cito de *El espíritu de la ciencia ficción* el encuentro de Bolaño y su amigo poeta, con el director del boletín Lírico del Distrito Federal de Ciudad de México, a quien van a consultar por la proliferación revistas literarias:

– ¿No le parece curioso, por lo menos, que en el DF haya más de seiscientas revistas de literatura?

El doctor Carvajal sonrió benevolente.

– No exageremos. Mi admirado Ubaldo, tan telúrico siempre, se ha tomado a la tremenda mis cifras. ¿Seiscientas revistas de literatura? Depende de lo que aceptemos como revista y de lo que consideremos literatura. Más de una cuarta parte de estas revistas son en realidad hojas fotocopiadas y luego engrapadas, con un tiraje no mayor de veinte ejemplares, en algunos casos menos. ¿Literatura? Sí, para mí sí; para Octavio Paz, por poner un ejemplo, no: garabatos, sombras, diarios de vida, frases tan misteriosas como una guía de teléfonos; para un profesor universitario, estelas lejanísimas, apenas el rumor de un fracaso desconocido; para un policía, ni siquiera algo subversivo. En todos los casos: palabras que poseen una cierta ahistoricidad literaria. Por supuesto, no me refiero, je je, a las revistas oficiales¹.

Más adelante, Bolaño el joven, reivindica la poesía latinoamericana cuando dice:

La poesía era para mí en aquellos años, y tal vez aún hoy, la disciplina literaria con mayores logros en América Latina. Que se hablara mal de Vallejo, que no se conociera con profundidad la obra de Gabriela Mistral o que se confundiera a Huidobro con Reverdy era algo que me ponía enfermo y luego rabioso. La poesía de nuestros pobres países era un motivo de orgullo, tal vez el principal, de aquel joven turco que una vez a la semana se apoderaba de mi. (Bolaño, 2016: 165)

¹ Bolaño, Roberto (2016): *El espíritu de la ciencia ficción*, Alfaguara: Barcelona, p. 156.

Bien, ya he dicho que no conocí a Roberto Bolaño pero sí me identifiqué en esa identidad latinoamericana que obtuve en mis años de estudiante en la ciudad de Zagreb, en la segunda mitad de los años 70, donde compartí los sueños de una revolución que inexorablemente llegaría a nuestro continente junto a estudiantes de Argentina, Bolivia, Colombia, Venezuela, México y otros países. En las frías noches del socialismo autogestor, junto a muchas botellas que circulaban y el humo de cigarrillos baratos, aprendí los modismos, acentos y otras formas de hablar el castellano en Sudamérica junto a interminables conversaciones sobre la lucha revolucionaria pero también la poesía y literatura, del *boom* de escritores latinoamericanos que marcaban la agenda cultural internacional y cuyos libros circulaban de mano en mano como pequeños tesoros para nosotros, pobres estudiantes.

Toda esa literatura lineal a que estábamos acostumbrados cambió para siempre con las sucesivas publicaciones de la obra de Bolaño. Pero cuando me pregunto qué fue lo que me emocionó y me ha llevado a releer sus libros, creo intuir o al menos así lo siento, fue que cambió la narrativa como si surgiera un nuevo paradigma, la forma de estructurar una novela, el desarrollo de los personajes y las descripciones que van quedando en la memoria grabadas como imágenes de cuadros surrealistas de personajes inolvidables, como el profesor Amalfitano, por citar solo uno.

Yo no conocí a Roberto Bolaño y tampoco soy crítico literario pero en sus libros de cierta manera me encontré a mi mismo, me vi reflejado en algunas de sus páginas y leí mi historia, nuestra historia, de un siglo terrible como lo fue el siglo XX y muchas veces me corrieron lágrimas de emoción.

No sabemos donde está Bolaño, algo he leído de sus últimos días en Barcelona, de su preocupación por el futuro de sus hijos, de sus conversaciones con Jorge Herralde y las instrucciones que dio a Ignacio Echevarría sobre sus publicaciones póstumas, pero creo estar seguro que estará para siempre en las páginas de la gran literatura. Yo no conocí a Roberto Bolaño pero he construido uno a mi manera y es a quien consulto sobre el valor literario de otros escritores y poetas. Imagino sus respuestas y me divierto pero a veces también pienso que la vida de Bolaño no fue fácil al tener conciencia de que partiría pronto, teniendo tanto por escribir aún. Quizás, fue similar al espíritu del gran Fernando Pessoa, quien dijo una vez que su mayor problema había sido que “nunca aprendió a existir”.